

el vino de Málaga, y debes decirle que vaya á buscarlo al castillo de los Aigues, ¡tonto!

Carlos miró al padre Fourchon con una sencilla admiración, sin poder adivinar el inmenso interés que los enemigos del conde tenían en introducir un espía más en el castillo.

—El general debe ser feliz, dijo el anciano; pues los aldeanos están ahora muy tranquilos. ¿Qué dice de ellos? ¿Sigue contento con Sibilet?

—El señor Michaud es el único que no está tranquilo con Sibilet; dícese que acabará por despedirle.

—¡Celos de oficio! repuso Fourchon. ¿Cuánto apostamos á que te gustaría á ti que despidieran á Francisco para sustituirle en su empleo de primer ayuda de cámara?

—¡Diantre! tiene mil doscientos francos, dijo Carlos; pero no pueden despedirle; conoce los secretos del general...

—Como la señora Michaud tenía los de la señora condesa, replicó Fourchon espiando á Carlos hasta en el movimiento de los ojos. Vamos á ver, hijo mío, ¿sabes si el señor y la señora duermen separados?

—¡Pardiez! á no ser por eso, el señor no amaría tanto á la señora, dijo Carlos.

—Y ¿no sabes nada más? preguntó Fourchon.

Fué preciso callar. Carlos y Fourchon se encontraban delante de las ventanas de las cocinas.

CAPÍTULO V

LOS ENEMIGOS EN PRESENCIA

Al empezar el almuerzo, Francisco, el primer ayuda de cámara, fué á decir en voz baja á Blondet, pero bastante alto para que el conde lo oyese:

—Señor, el pequeño del padre Fourchon asegura que han cogido una nutria, y pregunta si la queréis, antes de que se la lleven al subprefecto de la Ville-aux-Fayes.

Emilio Blondet, aunque profesor en burlas, no pudo

menos de ruborizarse como una virgen á quien cuentan una historia un poco verde, cuyo principio conoce.

—¡Ah! ¿habéis cazado la nutria esta mañana con el padre Fourchon? exclamó el general soltando una carcajada.

—¿Qué es eso? preguntó la condesa, inquieta con la risa de su marido.

—Desde el momento en que un hombre de talento como él, repuso el general, se ha dejado engañar por el padre Fourchon, un coracero no tiene que avergonzarse de haber ido á cazar esa nutria, que se parece enormemente al tercer caballo que la posta os hace pagar siempre, pero que no veis nunca.

En medio de aquella explosión de risa, el general pudo decir aún:

—No me asombra que os hayáis cambiado de botas y de pantalón, habréis tenido que nadar. Yo no he ido tan lejos en el charco, me he quedado á flor de agua; pero es que vos tenéis mucha más inteligencia que yo...

—Amigo mío, olvidáis que no sé de qué se trata, repuso la señora de Montcornet.

A estas palabras, dichas con el aire amostazado que la confusión de Blondet inspiraba á la condesa, el general se puso serio, y Blondet contó el mismo su pesca de la nutria.

—Pero si en realidad tienen una nutria, esas pobres gentes no son tan culpables, dijo la condesa.

—Sí; pero es que hace diez años que no han visto una nutria, repuso el implacable general.

—Señor conde, dijo Francisco, el pequeño jura y perjura que tienen una.

—Si la tienen, yo se la pago, dijo el general.

—Dios no habrá condenado á los Aigues á no tener nunca nutrias, observó el abate Brossette.

—¡Ah! señor cura, si desencadenáis á Dios contra mí... exclamó Blondet.

—Pues ¿quién está ahí? preguntó vivamente la condesa.

—Mosca, señora, ese pequeño que va siempre con el padre Fourchon, respondió el ayuda de cámara.

—Hacedle entrar... si la señora lo permite, dijo el general; es fácil que os divierta.

—Pero al menos hay que saber á qué atenerse, dijo la condesa.

Mosca apareció algunos instantes después, ostentando su

desnudez casi completa. Al ver aquella personificación de la indigencia en medio de aquel comedor, en que el valor de un solo entrepaño hubiese bastado para dar una fortuna á aquel niño descalzo, con las piernas desnudas, el pecho desnudo y la cabeza descubierta, era imposible no dejarse llevar de las inspiraciones de la caridad. Los ojos de Mosca, cual si fuesen dos carbones encendidos, miraban una á una todas las riquezas de aquella sala y de aquella mesa.

—¿De modo que no tienes madre? le preguntó la señora de Montcornet que no podía explicarse de otra manera semejante desnudez.

—No, señora; *mama* murió de pesar por no haber podido volver á ver á *papa*, que se marchó para el ejército en 1812, sin haberse casado con ella *con los papeles*, y que, con perdón de vos, murió helado. Pero tengo á mi abuelo Fouchon, que es muy bueno, aunque algunas veces me azota como á Jesús.

—¿Cómo es, amigo mío, que hay gentes tan desgraciadas en vuestras tierras? dijo la condesa mirando al general.

—Señora condesa, dijo el cura, en esta comarca sólo tenemos desgraciados por su voluntad. El señor conde tiene buenas intenciones; pero tenemos que habérnoslas con gente sin religión, que no tienen más idea que la de vivir á expensas vuestras.

—Pero, mi querido párroco, vos estáis aquí para predicar moral, dijo Blondet.

—Caballero, respondió el abate Brossette á Blondet, monseñor me ha enviado aquí como misionero á país salvaje; pero, como he tenido el honor de decirle, los salvajes de Francia son inabordables, tienen por ley el no escucharos, mientras que los salvajes de América os prestan oídos.

—Señor cura, ahora me ayudan aún un poco; pero si fuese á vuestra iglesia, no me ayudarían nada y me darían algunos pescozones.

—La religión debía empezar por darle pantalones, mi querido párroco, dijo Blondet. ¿En vuestras misiones no empezáis siempre por halagar á los salvajes?

—No tardaría mucho en vender sus ropas, dijo en voz baja el abate Brossette, y yo no tengo atribuciones para impedir semejante comercio.

—El señor cura tiene razón, dijo el general mirando á Mosca.

La política del muchachito consistía en fingir que no comprendía nada de lo que se decía, cuando lo que se decía iba en contra de él.

—La inteligencia de este pilluelo os prueba que sabe distinguir el bien del mal, repuso el conde. Está en edad de trabajar, y no piensa más que en cometer delitos impunemente. Es muy conocido de los guardas... Antes de que yo fuese alcalde, sabía ya que un propietario, testigo de un delito en sus tierras, no podía formar un proceso verbal, y permanecía descaradamente en mis prados con sus vacas, sin salir de allí cuando me veía, mientras que ahora se escapa.

—¡Ah! mal hecho, dijo la condesa; es preciso respetar el bien ajeno, amiguito mío.

—Señora, no se puede pasar sin comer; mi abuelo me da más golpes que panecillos, y las bofetadas estropean el estómago. Cuando las vacas tienen leche, ordeño una poca, y esto me sostiene. ¿Es tan pobre monseñor para que no pueda dejarme *beber* un poco de su hierba?

—Pero acaso no haya comido nada en todo el día, dijo la condesa conmovida ante aquella profunda miseria.

—Dadle pan y los restos de los pollos; en fin, que almuerce, añadió dirigiéndose al ayuda de cámara. Y ¿en dónde duermes?

—En todas partes, señora; en invierno, en donde me lo permiten, y en verano, á la intemperie.

—¿Cuántos años tienes?

—Doce.

—Aun es tiempo de llevarle por buen camino, dijo la condesa á su marido.

—Será un magnífico soldado, pues está preparado para ello, dijo rudamente el general. Yo he sufrido tanto como él, y aquí estoy.

—Dispensadme, general, pero yo no iré al servicio porque no estoy declarado, dijo el niño. Mi pobre madre, que era soltera, me parió en el campo. Soy hijo de la tierra, como dice mi abuelo. *Mama* me ha salvado de la milicia. Yo no me llamo Mosca ni nada. Abuelo, me ha hecho conocer bien mis ventajas; yo no estoy puesto en los *papeles* del gobierno, y, cuando tenga la edad de la quinta, me escaparé de Francia y no me cogerán.

—Y ¿quieres mucho á tu abuelo? dijo la condesa procurando leer en aquel corazón de doce años.

—¡Diantre! me *larga* algunos cachetes cuando no está de buen humor; pero ¿qué queréis? ¡es tan divertido! ¡tan buen muchacho! Después dice que se cobra el haberme enseñado á leer y á escribir.

—¿Sabes leer? dijo el conde.

—Vaya que sí, señor conde, y en *manuscrito* también, tan cierto como que tenemos una *lutria*.

—¿Qué dice aquí? dijo el conde presentándole un periódico.

—*La cuo-ti-diana*, leyó Mosca titubeando tres veces.

Todo el mundo, hasta el abate Brossette, empezó á reirse.

—¡Eh! ¡diantre! me hacéis leer el *periódico*, exclamó Mosca exasperado. Mi abuelo dice que eso está hecho para los ricos, y que hasta más tarde no se puede comprender lo que dice.

—Tiene razón este niño, general; me dan ganas de volver á ver á mi vencedor de esta mañana, dijo Blondet.

Mosca comprendía admirablemente que estaba sirviendo de burla y de diversión á aquellos señores, y el discípulo del padre Fourchon fué entonces digno de su maestro: se puso á llorar.

—¿Cómo podéis burlaros de un niño que va descalzo? dijo la condesa.

—¿Y que encuentra cosa muy natural que su abuelo se cobre en cachetes los honorarios de su educación? dijo Blondet.

—Veamos, hijo mío, ¿habéis cogido una nutria? dijo la condesa.

—Sí, señora, tan cierto como que vos sois la mujer más hermosa que he visto y que veré en mi vida, dijo el niño enjugándose las lágrimas.

—Enseñanos, pues, esa nutria, dijo el general.

—¡Oh! señor conde, mi abuelo la ha escondido; pero aun pataleaba cuando estábamos en nuestra cordelería; podéis mandar á llamar á mi abuelo, pues quiere venderla él mismo.

—Llevadle á la repostería, dijo la condesa á Francisco; que almuerce, mientras que Carlos va á buscar al padre Fourchon. Buscad por ahí unos zapatos, una chaqueta y un pantalón para este niño. Los que vienen aquí desnudos, tienen que salir vestidos.

—Que Dios os bendiga, mi querida señora, dijo Mosca al marcharse. El señor cura puede estar seguro de que viniendo de vos, guardaré esa ropa para los días de fiesta.

Emilio y la señora de Montcornet se miraron asombrados de aquel dicho, y parecieron decir con una mirada: «¡No es tan tonto!...»

—Ciertamente, señora, dijo el cura cuando el niño hubo desaparecido, no se debe contar con la miseria; yo creo que tiene razones ocultas, cuyo fallo no pertenece más que á Dios, razones físicas, muchas veces fatales, y razones morales nacidas del carácter y de disposiciones que nosotros vituperamos y que á veces son el resultado de cualidades, desgraciadamente para la sociedad, sin salida. Los milagros efectuados en los campos de batalla nos han enseñado que los más grandes tunantes pueden transformarse allí en héroes. Pero aquí estáis en circunstancias excepcionales, y si vuestra benevolencia no va acompañada de la reflexión, corréis el riesgo de asalariar á vuestros enemigos...

—¿A nuestros enemigos? exclamó la condesa.

—¡Cruales enemigos! repitió gravemente el general.

—El padre Fourchon es, con su yerno Tonsard, el alma de toda la clase baja del valle; les consultan para la más mínima cosa, repuso el cura. Estas gentes usan de un maquiavelismo increíble. Sabedlo, diez aldeanos reunidos en una taberna constituyen la fuerza de un gran político...

En este momento, Francisco anunció al señor Sibilet.

—Es el ministro de hacienda, dijo el general sonriéndose; decidle que pase, él nos explicará la gravedad de la cuestión, añadió mirando á su mujer y á Blondet.

—Tanto más, por cuanto que él no os la oculta en lo más mínimo, dijo en voz baja el cura.

Blondet vió entonces al personaje de quien oía hablar desde su llegada, al administrador de los Aigues, á quien deseaba conocer. Vió un hombre de mediana estatura, de unos treinta años, dotado de un aire desagradable y de una fisonomía antipática, cuya risa resultaba repugnante. Bajo una frente arrugada, unos ojos verdes os miraban de un modo extraviado, ocultando así el pensamiento. Sibilet, vestido con una levita parda, pantalón y chaleco negros, llevaba los cabellos largos y lisos, lo cual le daba un aspecto clerical. El pantalón ocultaba imperfectamente unas piernas patizambas. Aunque su tez pálida y sus blandas

carnes pudiesen hacer creer que estaba dotado de una constitución enfermiza, Sibilet era robusto. El sonido de su voz, un poco sorda, estaba en perfecto acuerdo con su conjunto poco halagüeño.

Blondet cambió secretamente una mirada con el abate Brossette, y el vistazo con que el joven sacerdote le respondió, dió á entender al periodista que sus sospechas sobre el administrador estaban de acuerdo con las del cura.

—Mi querido Sibilet, ¿no habéis valuado en un cuarto de vuestras rentas el importe de lo que nos roban nuestros aldeanos? dijo el general.

—Mucho más, señor conde, respondió el administrador. Vuestros pobres os hacen pagar una contribución mayor de la que pagáis al Estado. Un pilluelo como Mosca forma sus dos haces por día. Y las ancianas, que parecen estar en la agonía, en la época de la recolección, gozan de agilidad, de salud y de juventud. Podéis ser testigo de este fenómeno, dijo Sibilet dirigiéndose á Blondet; porque dentro de seis días empezará la siega, que se ha retardado á causa de las lluvias del mes de julio... El centeno empezará á segarse la semana que viene. No se debía permitir segar á no ser con un certificado de indigencia dado por los alcaldes de los ayuntamientos; y sobre todo, éstos no debían dejar segar en su distrito más que á los indigentes; pero los individuos de un distrito municipal van á segar á otro sin certificado. Si nosotros tenemos sesenta pobres en el concejo, se unen á ellos cuarenta holgazanes. En fin, hasta las gentes establecidas dejan sus ocupaciones para segar y vendimiar. Aquí, todas estas gentes recolectan trescientos celemines al día. La siega dura quince días, así es que son cuatro mil quinientos celemines los que se llevan en este concejo. La siega representa, por lo tanto, una pérdida de más de una décima parte. Respecto al pasto abusivo, se lleva próximamente la sexta parte del producto de nuestros prados. Las pérdidas de los bosques son incalculables, pues han llegado á cortar árboles de seis años... Los perjuicios que sufrís, señor conde, ascienden á más de veinte mil francos al año.

—Y bien señora, dijo el general á la condesa, ¿lo oís?

—¿No es exagerado? preguntó la señora de Montcornet.

—No, señora, desgraciadamente, respondió el cura. El pobre padre Niseron, ese anciano de cabeza blanca que acu-

mula las funciones de campanero, macero, enterrador, sacristán y chantre, á pesar de sus opiniones republicanas, en fin, el abuelo de esa Genoveva á quien vos habéis colocado en casa de la señora Michaud...

—¡La Pechinal dijo Sibilet interrumpiendo al cura.

—¿Cómo la Pechina? preguntó la condesa; ¿qué queréis decir?

—Señora condesa, cuando encontrasteis á Genoveva en el camino, en una situación tan miserable, exclamasteis en italiano: *Piccina!* Esta palabra, convertida en apodo, se ha corrompido de tal modo, que hoy todo el concejo llama á vuestra protegida la Pechina, dijo el cura. La pobre muchacha es la única que va á la iglesia con la señora Michaud y la señora Sibilet.

—¡Y no le va bien con ello! dijo el administrador, pues la maltratan reprochándole su religiosidad.

—Pues bien, ese pobre anciano de setenta y dos años, amonona, aunque honradamente, cerca de celemin y medio diario, repuso el cura; pero la rectitud de sus opiniones le prohíbe vender los granos como los venden los demás; los guarda para su consumo. Gracias á mi recomendación, el señor Langlume, vuestro sustituto, le muele gratis el grano, y mi criada le cuece el pan con el mío.

—Había olvidado á mi protegida, dijo la condesa asustada con las palabras de Sibilet. Vuestra llegada aquí, continuó mirando á Blondet, me ha trastornado la cabeza. Pero, después de almorzar, iremos juntos á la puerta del Avonne, y os enseñaré viva una de esas caras de mujer como las que inventaban los pintores del siglo xv.

En este momento, el padre Fourchon, acompañado de Francisco, hizo oír el ruido de sus zuecos rotos, que depositaba á la puerta de la repostería. A una inclinación de cabeza de la condesa á Francisco que lo anunció, el padre Fourchon, seguido de Mosca, que iba con la boca llena, se presentó llevando la nutria en la mano, colgada de un bramante atado á unas patas amarillas, con membrana, como las de los palmípedos. Dirigió á los cuatro señores sentados á la mesa y á Sibilet esa mirada llena de desconfianza y de servilismo que sirve de velo á los aldeanos, y después agitó el anfibio con aire de triunfo.

—¡Aquí está! exclamó dirigiéndose á Blondet.

—¡Mi nutria! dijo el parisiense; porque la he pagado bien.

—¡Oh! mi querido señor, respondió el padre Fourchon, la vuestra se ha escapado; en este momento está en su madriguera, de donde no ha querido salir, pues esta es la hembra, mientras que aquélla es el macho... Mosca la ha visto venir cuando vos os marchabais. Tan cierto como que el señor conde se ha cubierto de gloria con sus coraceros en Waterloo, la *lutria* es mía, como los Aigues son de monseñor el general... Pero por veinte francos, la *lutria* es vuestra, ó si no se la llevo á nuestro *suprefeto*. Si el señor Gourdon la encuentra demasiado cara, como nosotros hemos cazado juntos esta mañana, os doy la preferencia, pues os la debo.

—¿Veinte francos? dijo Blondet. En buen francés eso no puede llamarse dar la preferencia.

—¡Eal mi querido señor... exclamó el anciano, conozco tan poco el francés, que si queréis os lo pediré en borgoñón; con tal que me los deis, me es lo mismo, hablaré en latín: *latinus, latina, latinum*. Después de todo, esto mismo es lo que os prometí esta mañana. Por otra parte, mis hijos me han quitado ya el dinero que me disteis, y bien lo vine llorando por el camino. Preguntádselo á Carlos... No quiero llamarles á juicio por diez francos, ni publicar sus maldades ante el tribunal. Tan pronto como tengo algún dinero, me lo roban haciéndome beber... ¡Es triste verse reducido á no poder ir á beber un vaso de vino á casa de su hija! ¡Pero así son los hijos de hoy!... Esto es lo que hemos ganado con la Revolución; todo para los hijos, y se han suprimido los padres. ¡Ah! á Mosca lo educo de otro modo; este pilluelo me quiere, dijo, dándole un pescozón á su nieto.

—Me parece que hacéis de él un ladronzuelo como de los demás, dijo Sibilet, porque no se acuesta nunca sin tener un delito sobre la conciencia.

—¡Ah! señor Sibilet; tiene la conciencia más tranquila que la vuestra... ¡Pobre muchacho! ¿qué coge, después de todo? Un poco de hierba; vale más hacer eso que matar á un hombre. ¡Diantre! él no sabe como vos las matemáticas, no conoce aún la sustracción, la adición, la multiplicación... Vaya, vaya, que nos hacéis mucho daño. Decís que somos una cuadrilla de bandidos, y sois la causa de la división entre nuestro señor, que está ahí, y que es un buen hombre, y nosotros, que somos buenas gentes... No hay un país mejor que este. Veamos, ¿tenemos nosotros rentas? ¿No vamos

casi desnudos lo mismo Mosca que yo? Nos acostamos en hermosas sábanas, lavadas todas las mañanas por el rocío, y, á menos que no se nos envidie el aire que respiramos y los rayos del sol que bebemos, no sé lo que pueda nadie querer quitarnos... Los burgueses roban desde el rincón del fuego, y eso es más productivo que amontonar lo que existe en el rincón de los bosques. No hay guardabosques ni guardas de á caballo para el señor Gaubertin, que entró aquí desnudo como un gusano y que tiene dos millones. Es muy fácil decir: «¡Ladrones!» Hace quince años que el padre Guerbel, el maestro de Soulanges, se va de nuestras aldeas por la noche con su paga, y sin embargo, nadie le ha quitado un céntimo. ¡Esto no es propio de un país de ladrones! El robo no nos enriquece mucho. Decidme, ¿quién puede vivir sin hacer nada, nosotros ó vosotros los burgueses?

—Si hubieseis trabajado, tendríais rentas, dijo el cura. Dios bendice el trabajo.

—No quiero desmentiros, señor cura, porque vos sois más sabio que yo, y acaso sepáis explicarme esto. Aquí me tenéis á mí, al perezoso, al holgazán, al borracho, al padre Fourchon que no vale para nada, que ha sido maestro, cortijero, que ha caído en la desgracia y que no se ha levantado... Pues bien, ¿qué diferencia hay entre mí y ese bueno y honrado padre Niseron, un viñador de setenta años, que tiene mi edad, y que durante sesenta años ha cavado la tierra, se ha levantado todas las mañanas al amanecer para ir á hacer su labor, y posee un cuerpo de hierro y una hermosa alma? Yo le veo tan pobre como yo. La Pechina, su nieta, está al servicio de la señora Michaud, mientras que mi pequeño Mosca es libre como el aire. Ese pobre hombre, ¿ha recibido por toda recompensa de sus virtudes el mismo castigo que yo sufro por mis vicios? No sabe lo que es un vaso de vino, es sobrio como un apóstol, entierra á los muertos, y yo hago bailar á los vivos. El no ha gozado nada en su vida, y yo me he reído del diablo y he gozado. Somos tan avanzados el uno como el otro, tenemos las mismas canas en la cabeza, el mismo haber en nuestros bolsillos, y yo le proveo la cuerda para que toque la campana. El es republicano, y yo ni siquiera lo soy. Esto es todo. ¡Que el aldeano viva bien ó mal, siempre se va como ha venido, lleno de andrajos, mientras que vos usáis finos pañales!...

Nadie interrumpió al padre Fourchon, que parecía deber su elocuencia al vino embotellado; en un principio, Sibilet quiso cortarle la palabra, pero una seña de Blondet hizo enmudecer al administrador. El cura, el general y la condesa comprendieron, por las miradas que les dirigió el escritor, que quería estudiar á lo vivo la cuestión del pauperismo, y acaso tomar la revancha con el padre Fourchon.

—Y ¿cómo entendéis vos la educación de Mosca? ¿Cómo os arregláis para hacerle mejor que á vuestras hijas?... preguntó Blondet.

—¿Le habláis siquiera de Dios? dijo el cura.

—¡Oh! no, no, señor cura, yo no le digo que tema á Dios, sino á los hombres. Dios es bueno, y, según decís vosotros, nos ha prometido el reino de los cielos, ya que los ricos guardan para sí el de la tierra. Yo le digo: «¡Mosca! ¡teme la prisión, porque de ella se sale para el patíbulo! No robes nada, pídelo. El robo conduce al asesinato, y el asesinato conduce ante la justicia de los hombres. Y el filo de la justicia es lo que hay que temer; él garantiza el sueño de los ricos de los insomnios de los pobres. Aprende á leer. Con la instrucción, encontrarás medios de amontonar dinero á cubierto de la ley, como ese bueno señor Gaubertin; serás administrador, como el señor Sibilet, á quien el señor conde deja coger sus raciones... Lo principal es estar al lado de los ricos, pues siempre se encuentran migajas sobre sus mesas...» Esto es lo que yo llamo una sólida y arrogante educación. Así es que el picaruelo procura estar siempre al amparo de la ley... Será un buen sujeto, y sabrá manejarse.

—Y ¿qué pensáis hacer de él? preguntó Blondet.

—Un criado para empezar, repuso Fourchon, porque viendo de cerca á los amos, acabará de educarse, no tengáis cuidado. El buen ejemplo le enseñará á hacer fortuna con la ley en la mano, como vosotros... Si el señor conde quisiese meterlo en sus cuadras, para enseñarle á cuidar los caballos, el muchachito estaría contento... pues, si teme á los hombres, no teme á las bestias.

—Sois ocurrente, padre Fourchon, repuso Blondet, sabéis lo que decís y no habláis sin razón.

—¡Ah! sí, mi razón se ha quedado en la Grande-I-Verde, con mis dos monedas de cinco francos.

—¿Cómo un hombre como vos se ha dejado caer en la miseria? Pues, en el estado actual de las cosas, un aldeano

puede salir por sí mismo de la miseria, es libre, puede llegar á ser rico. No es como antiguamente. Si el aldeano sabe amontonar dinero, siempre encuentra tierras para vender, puede comprarlas y ser su dueño.

—Mi querido y sabio señor, he visto los tiempos antiguos y veo los nuevos; el letrado ha variado, es verdad, pero el vino sigue siendo el mismo. El hoy no es más que un hermano menor del ayer. Ahí tenéis, podéis poner esto en vuestro periódico. ¿Hemos dejado de ser esclavos? No, nosotros pertenecemos siempre á la misma aldea, y el señor está siempre aquí, yo le llamo trabajo. El azadón, que viene á ser todo nuestro haber, no ha abandonado nuestras manos. Que sea para un señor ó para el gobierno la mayor parte de nuestro haber, es lo mismo, siempre es preciso gastar la vida en sudores.

—Pero podéis escoger una profesión, buscar la fortuna en otra parte, dijo Blondet.

—¿Me habláis de ir á buscar la fortuna?... Y ¿adónde queréis que vaya? Para dejar mi departamento necesito un pasaporte que cuesta dos francos. Yo hace cuarenta años que no he podido ver una maldita moneda de dos pesetas sonando en el bolsillo con una compañera. Para emprender una marcha se necesitan tantos escudos como aldeas hay que atravesar, y no hay muchos Fourchones que tengan con qué visitar seis aldeas. Lo único que nos saca de aquí es la quinta. Y ¿para qué sirve el ejército? Para que el coronel viva por medio del soldado, como el burgués vive gracias al aldeano. De cien coroneles, sólo uno se encuentra que haya salido de las filas. Ocorre como en el mundo; para uno que se hace rico, hay cien que caen. ¿Y por qué caen?... ¡Dios lo sabe, y los usureros también! Lo mejor que podemos, pues, hacer, es permanecer en nuestros concejos, en donde estamos acorralados como carneros por la fuerza de las cosas, como lo estábamos antes por los señores. Poco me importa á mí que sea una cosa ú otra la que me esclavice. Esclavizado por la ley de la necesidad ó por la del señorío, el caso es que siempre se ve uno forzado á labrar la tierra. Allí en donde estamos, la cavamos, la abonamos y la trabajamos para vosotros, que habéis nacido ricos, como nosotros hemos nacido pobres. La masa será siempre la misma, sigue siendo lo que era... Aquellos de los nuestros que medran, no son tan numerosos como aque-

llos de los vuestros que se arruinan. Aunque no somos sabios, eso ya lo sabemos; es preciso no procesarnos á cada paso. Nosotros os dejamos tranquilos, dejadnos á nosotros vivir... De otro modo, si esto continúa, os veréis precisados á alimentarnos en vuestras prisiones, en donde se está mucho mejor que sobre nuestra paja... Queréis quedar siendo los amos, y nosotros seremos siempre enemigos, lo mismo hoy que hace treinta años. Vosotros lo tenéis todo, y nosotros no tenemos nada, y, por lo tanto, no podéis pretender nuestra amistad.

—Esto es lo que se llama una declaración de guerra, dijo el general.

—Monseñor, replicó Fourchon, cuando los Aigues pertenecían á aquella pobre señora (cuya alma ojalá sea juzgada con misericordia por Dios, pues ha cantado inicuiamente en su juventud), nosotros éramos felices. Ella nos dejaba recoger nuestro alimento en sus campos y nuestra leña en sus bosques, y no por eso era más pobre. Y vos, que por lo menos sois tan rico como ella, nos perseguís, ni más ni menos que si fuéramos bestias feroces, y lleváis á los pobres ante el tribunal... Pues bien, ¡esto acabará mal! seréis causa de alguna desgracia. Acabo de ver á ese muñeco de Vatel, que ha estado á punto de matar á una anciana por una mata de leña. Acabarán por hacer de vos un enemigo del pueblo, y se hablará mal de vos en las reuniones nocturnas que tienen lugar en torno del hogar; se os maldecirá tanto, como se bendecía á la difunta señora... Monseñor, la maldición de los pobres hace germinar la desgracia y la llega á hacer mayor que vuestras encinas, y las encinas sirven de horca para colgar á los hombres. ¿No hay nadie aquí que os diga la verdad? ¡pues ahí tenéis la verdad! Yo espero todas las mañanas la muerte, y no arriesgo gran cosa con deciros esto... Yo que hago bailar á los aldeanos en las grandes fiestas, acompañando á Vermichel en el café de la Paz, en Soulanges, oigo sus conversaciones; pues bien, están mal dispuestos y llegarán á haceros el país difícil de habitar. Si vuestro condenado Michaud no cambia, os obligarán á cambiar... ¡Eal este aviso y la *lutria* bien valen veinte francos.

Mientras que el anciano decía estas últimas palabras, se oían unos pasos de hombre, y aquel á quien Fourchon amenazaba, apareció sin ser anunciado. Por la mirada que

Michaud lanzó al orador de los pobres, fué fácil comprender que la amenaza había llegado á sus oídos, y toda la audacia de Fourchon desapareció. Aquella mirada produjo en el pescador de nutrias el efecto que produce el gendarme al ladrón. Fourchon sabía que no estaba exento de pecado, y Michaud parecía tener derecho á pedirle cuenta del discurso cuyo objeto evidente era asustar á los habitantes de los Aigues.

—Aquí está el ministro de la guerra, dijo el general dirigiéndose á Blondet y mostrándole á Michaud.

—Perdonadme, señora, dijo este ministro á la condesa, el que haya entrado en el salón sin pedirnos permiso de antemano; pero la urgencia de los asuntos exige que hable á mi general.

Al mismo tiempo que Michaud se excusaba, observaba á Sibilet, á quien los dichos atrevidos de Fourchon causaban una alegría íntima, cuya revelación no existía en su rostro para ninguna de las personas sentadas á la mesa, pues el anciano les llamaba mucho la atención mientras que Michaud, que, por razones secretas, observaba constantemente á Sibilet, quedó asombrado de su aspecto y de su talante.

—Como él dice, bien ha ganado los veinte francos, señor conde, exclamó Sibilet; la *nutria* no es caza...

—Dale veinte francos, dijo el general á su ayuda de cámara.

—¿De modo que me la quitáis? preguntó Blondet al general.

—Quiero mandarla disecar, exclamó el conde.

—¡Ah! es que este señor me cedía la piel, monseñor, dijo el padre Fourchon.

—Pues bien, exclamó la condesa, se os darán cinco francos más por la piel, pero dejadnos...

El fuerte y salvaje olor de los dos merodeadores apeataba de tal modo el comedor, que la señora de Montcornet, cuyos delicados sentidos estaban ofendidos, se hubiese visto obligada á salir, si Mosca y Fourchon hubiesen permanecido por más tiempo. A esta circunstancia debió sus veinticinco francos el aldeano, que salió mirando siempre al señor Michaud con aire temeroso y haciéndole interminables saludos.

—Lo que acabo de decir á monseñor, señor Michaud, ha sido por vuestro bien, añadió.

—O por el bien de los que os pagan, exclamó Michaud dirigiéndole una profunda mirada.

—Después de servir el café, dejadnos, y, sobre todo, cerrar bien las puertas, dijo el general á sus criados.

Blondet, que no había visto aún al guarda general de los Aigues, experimentaba, mirándole, impresiones muy diferentes de las que Sibilet le había causado. Michaud inspiraba tanta simpatía y confianza, como el administrador repulsión.

El guarda general llamaba, ante todo, la atención por su rostro alegre, de un óvalo perfecto y de finos contornos, de los que la nariz participaba también, regularidad ésta de que carecen la mayor parte de las caras francesas. Todas sus facciones, aunque de un dibujo correcto, no carecían de expresión, sin duda á causa del armonioso tinte en que dominaban esos tonos de ocre y rojo, indicios de valor físico. Sus ojos garzos, vivos y penetrantes, no ocultaban la expresión del pensamiento, pues miraban siempre de frente. Su anchura y espaciosa frente estaba puesta de relieve por negros y abundantes cabellos. La probidad, la decisión y una santa confianza animaban aquel hermoso rostro, en cuya frente había dejado algunas arrugas la profesión de las armas. La sospecha y desconfianza se leían tan pronto como nacían en su alma. Como todos los hombres escogidos para la caballería, su estatura, bella y esbelta aún, podía hacer decir del guarda que era bien plantado. Michaud, que usaba bigote, patillas y sotabarba, recordaba el tipo de aquella figura marcial que el diluvio de pinturas y de grabados patrióticos ha estado á punto de ridiculizar. Este tipo ha tenido el defecto de ser demasiado común en el ejército francés; pero acaso también la continuidad de las mismas emociones, los sufrimientos del vivac, de que no estuvieron exentos ni los grandes ni los pequeños; y, por fin, los esfuerzos análogos verificados por los jefes y los soldados en el campo de batalla, han contribuido á hacer esta fisonomía uniforme. Michaud, vestido por completo de paño azul de rey, conservaba el cuello de satín negro y las botas de militar, lo mismo que conservaba su arrogante actitud. Su cuerpo se mantenía erguido y tieso, como si se encontrase aún bajo las armas. La cinta encarnada de la Legión de Honor florecía en su ojal. Por fin, para acabar con una palabra la parte moral de este boceto puramente físico, si el

administrador, desde su entrada en funciones, no había dejado de decir nunca *señor conde* á su amo, Michaud no le había dado nunca otra denominación que la de *mi general*.

Blondet cambió de nuevo otra mirada con el abate Brossette, que quería decir: «¡Qué contraste!» mostrándole al administrador y al guarda general; después, para saber si el carácter, la palabra y el pensamiento armonizaban con aquella estatura, aquella fisonomía y aquel continente, miró á Michaud, diciéndole:

—¡Dios mío! he salido esta mañana muy temprano, y he visto que vuestros guardas dormían aún.

—¿A qué hora? preguntó el antiguo militar con inquietud.

—A las siete y media.

Michaud lanzó una mirada casi maliciosa á su general.

—Y ¿por qué puerta ha salido el señor? dijo Michaud.

—Por la puerta de Conches. El guarda, en camisa, me miraba desde la ventana, respondió Blondet.

—Gaillard acababa, sin duda, de acostarse, replicó Michaud. Cuando me habéis dicho que habíais salido muy temprano, creí que os habíais levantado al rayar el alba, y entonces, para que mi guarda estuviese de vuelta, hubiera sido preciso que estuviese enfermo; pero á las siete y media estaría acostándose. Pasamos las noches en claro, repuso Michaud después de una pausa y respondiendo así á una mirada de asombro de la condesa, pero esta vigilancia no da resultado. Acabáis de darle veinticinco francos á un hombre que hace un momento ayudaba tranquilamente á ocultar las huellas de un robo cometido en vuestras tierras. En fin, hablaremos de ello cuando hayáis acabado, mi general, porque es preciso tomar una decisión.

—Siempre invocáis vuestro derecho, mi querido Michaud, y *summum jus, summum injuria*. Si no tenéis alguna tolerancia más, mal negocio, dijo Sibilet. Hubiese querido que hubieseis oído al padre Fourchon hace un momento, en que el vino le ha hecho hablar con alguna más franqueza de la que acostumbra á usar.

—Me ha espantado, dijo la condesa.

—No ha dicho nada que no supiese yo hace ya mucho tiempo, respondió el general.

—¡Oh! el muy pillo no estaba borracho; ha desempeñado bien su papel; ¿en provecho de quién? ¿lo sabéis vos acaso?

repuso Michaud haciendo enrojecer á Sibilet con la fija mirada que le dirigió.

—¡Ó astuto! exclamó Blondet guiñando el ojo al abate Brossette.

—Estas pobres gentes sufren, dijo la condesa, y hay algo de cierto en lo que acaba de gritarnos Fourchon, pues no puede decirse que nos lo haya dicho.

—Señora, respondió Michaud, ¿creéis acaso que los soldados del emperador se han acostado sobre rosas durante catorce años? Mi general es conde, es gran oficial de la Legión de Honor, y ha obtenido cruces pensionadas. ¿Me veis á mi celoso de él á pesar de haberme batido como él? ¿Deseo yo acaso privarle de su gloria, robarle sus pensiones, ni negarle los honores debidos á su rango? El aldeano debe obedecer, como los soldados obedecen; deben tener la probidad del soldado, respeto á los derechos adquiridos, y procurar ser oficial legalmente, con su trabajo y no con el robo. La reja del arado y el fusil son gemelos. El soldado tiene, además, lo que no tiene el aldeano, la muerte acariciando á cada paso su cabeza.

—Eso era lo que yo quería decirles desde el púlpito, exclamó el abate Brossette.

—¿Tolerancia? repuso el guarda general respondiendo á la invitación de Sibilet. Toleraría mejor la pérdida del diez por ciento del producto integro de la renta de los Aigues; pero de la manera que van las cosas, es el treinta por ciento lo que perdéis, mi querido general; y si el señor Sibilet lleva el tanto por ciento sobre las rentas, no comprendo su tolerancia, pues renuncia muy benévolamente á mil ó mil doscientos francos al año.

—Mi querido señor Michaud, replicó Sibilet con tono agriado, ya se lo he dicho al señor conde, prefiero perder mil doscientos francos que la vida. Reflexionad sobre ello seriamente; sobre este punto no me cansaré de aconsejaros.

—¡La vida! exclamó la condesa; pero ¿acaso se expone la vida de alguien con todo esto?

—No debíamos discutir aquí los asuntos del Estado, dijo el general riéndose. Todo esto, señora, significa que Sibilet, en su calidad de hacendista, es tímido y cobarde, mientras que mi ministro de la guerra es valiente, y, lo mismo que su general, no teme nada.

—Decid más bien prudente, señor conde, dijo Sibilet.

—¡Caramba! ¿Estamos aquí acaso rodeados de lazos tendidos por los salvajes, como estaban los héroes de Cooper en los bosques de América? preguntó burlescamente Blondet.

—Vamos, señores, vuestra obligación es saber administrar sin asustarse por el ruido de las ruedas de la administración, dijo la señora de Montcornet.

—¡Ah! sin duda es necesario, señora condesa, que sepáis los muchos sudores que cuestan cada una de las bonitas gorras que lleváis, dijo el cura.

—No, porque podría ocurrirme que llegase á mirar con respeto una moneda de veinte francos, y que fuese avara como los compesinos, y entonces perdería demasiado con ello, replicó la condesa riéndose. Mirad, mi querido párroco, dadme el brazo, dejemos al general con sus dos ministros, y vayamos á la puerta del Avonne á ver á la señora Michaud, á la que no he visitado aún desde mi llegada; ya es tiempo de que me ocupe de mi pequeña protegida.

Y la hermosa señora, olvidando ya los andrajos de Mosca y de Fourchon, sus miradas rencorosas y los terrores de Sibilet, fué á calzarse y á ponerse el sombrero.

El abate Brossette y Blondet obedecieron al llamamiento de la dueña de la casa, siguiéndola y esperándola en la terraza que había delante de la fachada.

—¿Qué pensáis de todo esto? dijo Blondet al cura.

—Yo soy un paria; me espían como al enemigo común; me veo obligado á abrir á cada paso los ojos y los oídos de la prudencia para evitar los lazos que me tienden á fin de desembarazarse de mí, respondió el sacerdote. Sea dicho para nosotros, pero á veces me pregunto si no me soltarán un tiro...

—¿Y permanecéis á pesar de eso? dijo Blondet.

—No se debe desertar de la causa de Dios, como tampoco se deserta de la de un emperador, respondió el sacerdote con una sencillez que llamó la atención de Blondet.

El escritor tomó la mano del sacerdote que la estrechó cordialmente.

—Ahora comprenderéis fácilmente el cómo no puedo saber nada de lo que aquí se trama, repuso el abate Brossette. Sin embargo, me parece que el general está aquí bajo el peso de lo que en Artois y en Bélgica se llama *mala voluntad*.

Aquí se hacen necesarias algunas palabras sobre el cura de Blangy.

Este sacerdote, cuarto hijo de una familia acomodada de Autun, era un hombre de talento, que honraba mucho el alzacuello. Pequeño y endeble, vigorizaba su raquítica figura con aquel aire testarudo que es tan propio de los borgoñones. Había aceptado aquel puesto secundario como un sacrificio, pues su convicción religiosa iba acompañada de una convicción política. Había en él algo del sacerdote de los tiempos antiguos; era partidario apasionado de la Iglesia y del clero; veía el conjunto de las cosas, y el egoísmo no halagaba su ambición: servir era su divisa, servir á la Iglesia y á la monarquía en el punto más amenazado, servir en las últimas filas, como un soldado que se siente destinado, tarde ó temprano, al generalato, con su deseo de hacer bien y con su valor. Era intransigente con sus votos de castidad, de pobreza y de obediencia; los cumplía, como todos los demás deberes de su cargo, con aquella sencillez y aquella honradez, indicio seguro de un alma honrada, entregada al bien tanto por el impulso de su instinto natural como por la potencia y la solidez de sus convicciones religiosas.

A la primera ojeada, este eminente sacerdote adivinó el apego de Blondet á la condesa; comprendió que con una Troisville y un escritor monárquico tenía que mostrarse hombre de talento, á fin de que su ropa fuese siempre respetada. Casi todas las noches iba á hacer el cuarto al whist. El escritor, que supo reconocer el valor del abate Brossette, había tenido para él tantas deferencias, que habían simpatizado mutuamente, como ocurre á todo hombre de talento encantado de encontrar un compadre, ó, si se quiere, un oyente. Cada cual, con su cada cual.

—Señor abad, vos que por vuestro sacrificio os encontráis muy por cima de vuestra posición, ¿á qué atribuíis este estado de cosas?

—No quiero deciros trivialidades después de tan halagüeño paréntesis, respondió sonriendo el abate Brossette. Lo que ocurre en este valle, ocurre en todo Francia, y depende de las esperanzas que el 1789 ha infiltrado, por decirlo así, en el alma de los aldeanos. La Revolución ha afectado más profundamente á unos países que á otros, y esta parte de Borgoña, tan próxima á París, es uno de

aquellos en que el sentido de este movimiento ha sido tomado como el triunfo del galo sobre el franco. Históricamente, los aldeanos se creen aún en el día siguiente de la Jacquerie (1), su derrota ha quedado grabada en su cerebro. No se acuerdan ya del hecho, que ha pasado al estado de idea instintiva. Esta idea está en la sangre del aldeano, como la idea de superioridad estuvo en otro tiempo en la sangre noble. La Revolución de 1789 ha sido la revancha de los vencidos. Los aldeanos han puesto el pie en la posesión del suelo que la ley feudal les prohibía hacia ya mil doscientos años. De ahí su amor á la tierra, que se repartían entre sí hasta el punto de dividir un surco en dos partes, lo cual anula la percepción del impuesto, pues el valor de la propiedad no bastaría para cubrir los gastos de las pesquisas necesarias para su descubrimiento.

—Su terquedad, su desconfianza, si queréis, es tal sobre este punto, que, en mil concejos de los tres mil de que se compone el territorio francés, á un rico le es imposible adquirir los bienes de un aldeano, dijo Blondet interrumpiendo al cura. Los aldeanos, que se ceden entre sí sus pedazos de tierra, no se lo cederían á ningún precio á un burgués. Cuanto más ofrece el gran propietario, más aumenta la inquietud del aldeano. La expropiación hace entrar los bienes del aldeano bajo la ley común de las transacciones. Muchas gentes han observado este hecho y no pueden encontrar su causa.

—Esta causa es la siguiente, repuso el abate Brossette, creyendo, con razón, que la pausa de Blondet equivalía á una interrogación. Doce siglos no son nada para una casta á la que el espectáculo histórico de la civilización no ha

(1) Jacquerie es el nombre de una asociación de aldeanos que se levantaron contra los señores, y cuyo objeto era entregarse al pillaje de los castillos. La Jacquerie se formó en Picardía, durante la cautividad del rey Juan (1358). Tomó su nombre del de *Jacques Bonhomme* (*El Buen Juan*), con que los caballeros designaban burlescamente á los aldeanos. La Jacquerie desapareció al cabo de algunos meses; pero el nombre de Jacques Bonhomme ha quedado en el lenguaje para designar al pueblo. Esta palabra tiene la misma significación que en Inglaterra, *John Bull*, que significa *Juan Toro*.

Se da aún hoy la denominación de Jacquerie á todo pillaje en general, y, en particular, cuando es organizado.

La instrucción, sabiamente dada al pueblo, es el medio más seguro para prevenir la vuelta de la Jacquerie.—(N. del T.)

distruido nunca de su pensamiento principal, y que conserva aún orgullosamente el sombrero de grandes alas y con cinta de seda de sus amos, desde el día en que la moda abandonada se lo ha dejado tomar. El amor, cuyas raíces llegaban hasta las entrañas del pueblo, que se unió violentamente á Napoleón, y que puede explicar el prodigio de su vuelta en 1815, procedía únicamente de esta idea. A los ojos del pueblo, Napoleón, unido sin cesar á él por un millón de soldados, es aun el rey salido de los flancos de la Revolución, el hombre que le aseguraba la posesión de los bienes naturales. Su consagración fué empapada en esta idea...

—Una idea á la que el 1814 ha atacado desgraciadamente, y que la monarquía debe considerar como sagrada, dijo vivamente Blondet, pues el pueblo puede encontrar cerca del trono un príncipe á quien su padre ha dejado la cabeza de Luis XVI como una herencia.

—Aquí está la señora, callémonos, dijo en voz baja el abate Brossette. Fourchon le ha causado miedo, y es preciso conservarla aquí en interés de la religión, del trono y del país mismo.

Michaud, el guarda general de los Aigues, había ido al castillo con motivo del atentado perpetrado en los ojos de Vatel. Pero, antes de relatar la deliberación que iba á tener lugar en el consejo de Estado, el encadenamiento de los hechos exige la narración sucinta de las circunstancias en que el general había comprado los Aigues; causas graves que hicieron de Sibilet el administrador de aquella magnífica propiedad, razones que contribuyeron al nombramiento de Michaud como guarda general, y por fin, los antecedentes á que eran debidos la situación de los ánimos y los temores expresados por Sibilet.

Este rápido resumen tendrá el mérito de introducir algunos de los principales actores del drama, enumerar sus intereses y hacer comprender los peligros en que se encontraba entonces el general, conde de Montcornet.

CAPÍTULO VI

"ALFONSO REYES"

UNA HISTORIA DE LADRONES de 1625 MONTERREY, MEXICO

Hacia el año 1791, visitando sus posesiones, la señorita Laguerre aceptó por intendente al hijo del ex baile de Soulanges, llamado Gaubertin. El pueblecito de Soulanges, hoy simple cabeza de partido, fué la capital de un condado considerable en los tiempos en que la casa de Borgoña peleaba contra la casa de Francia. La Ville-aux-Fayes, asiento hoy de la subprefectura, sencillo feudo, dependía entonces de Soulanges, lo mismo que los Aigues, Ronquerolles, Cerneux, Conches y quince parroquias más. Los Soulanges siguen siendo condes, mientras que los Ronquerolles son hoy marqueses, gracias á esa potencia llamada corte, que hizo duque al hijo del capitán del Plesis, antes que á las primeras familias de la conquista. Esto prueba que los pueblos sufren, como las familias, grandes variaciones de destino.

El hijo del baile, muchacho sin fortuna alguna, sucedía á un intendente enriquecido gracias á una gestión de treinta años, y que prefería la tercera parte en la famosa compañía Minoret á la administración de los Aigues. En su propio interés, el futuro proveedor había presentado para administrador á Francisco Gaubertin, mayor de edad, secretario suyo á la sazón, desde hacía cinco años, encargado de proteger su retirada, y que, en agradecimiento á las instrucciones recibidas de su amo en intendencia, le prometió obtener un *finiquito* de la señorita Laguerre, que estaba muy asustada con la Revolución. El antiguo baile, que pasó á ser acusador público del departamento, fué el protector de la miedosa cantante. Este Fouquier-Tinville de provincias, preparó una falsa sedición contra una reina del teatro, evidentemente sospechosa á causa de sus relaciones con la aristocracia, para dar á su hijo el mérito de una salvación postiza, gracias á la cual obtuvo el *finiquito* del predecesor. La ciudadana Laguerre hizo entonces de Francisco Gaubertin su primer ministro, tanto por política, como por agradecimiento.

El futuro proveedor de víveres de la República tenía bien